

MARÍA CRISTINA ORTIZ MONAGAS

CUANDO FLORECEN  
LAS LILAS



Editorial Surco

Santo Domingo, D.N.  
Octubre 2018

Reservados todos los derechos. Se prohíbe, sin la autorización escrita del autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reproducción fotostática y el tratamiento informático.

CUANDO FLORECEN LAS LILAS

© 2018 María Cristina Ortiz Monagas

ISBN: 978-99934-45-26-5

Primera edición, 2018

Diagramación:  
*Jesús Alberto de la Cruz*

Impresión:  
*Editora Búho, S. R. L.*



**Editorial Surco**

Bolívar # 353, Suite 3-i,  
Gazcue, Santo Domingo, R. D.  
E-mail: editorialsurcolibros@hotmail.com  
Tel.: 809- 688-5854  
RNC: 1-01-76548-8

*Impreso en la República Dominicana*

## *Índice*

Melina . . . . .	9
El corazón de Lita . . . . .	19
Tengo derecho . . . . .	27
26 días . . . . .	37
Desnuda . . . . .	43
Cuando todo comienza . . . . .	53
Don Lucho . . . . .	69
Lucila . . . . .	77
Pirulo . . . . .	89
Agonía . . . . .	99
Te hablo a ti, Lila . . . . .	107



## *Melina*

Cielo azul. Abrazos cálidos. Luego del descenso alegre y bullicioso de un avión cargado de esperanzas y sueños cumplidos, la gente se amontona en la salida del aeropuerto. Los gritos irrumpen el silencio de mis pensamientos. Busco entre los tantos rostros que sonríen... niños, mujeres, jovencitas, hombres de todas las edades.

De pronto la veo allí, entre el gentío, de pie junto a la escalera, con su cabello crespo y natural. Sus grandes ojos marrones centelleaban en un rostro iluminado por una eterna sonrisa. Años sin verla no merma el cariño forjado cada día en el colegio.



—¡Mi querida Melina! — le oí decir entre sollozos de Alegría.

Los días transcurrían como agua de manantial. Entre compras, sonrisas y cafés le he contado años de mi vida de casada. Un día me escuché confesarle que Aimar es el hombre perfecto, amoroso, trabajador, respetuoso... fiel. Vi como mi felicidad la hacía feliz. Ella no había tenido la misma dicha. Esa es otra historia.

Sólo me quedé quince días en mi amada tierra natal. Tenía que regresar. Aimar me esperaba pacientemente. Hablé con él todos los días. Me contaba sus percances con los pasajeros, lo congestionada que había estado la ciudad y lo mucho que le hacía falta. Ser taxista en una gran urbe no es cosa fácil.

En un abrir y cerrar de ojos, quince días habían pasado, y ya me veía de nuevo en la fila de abordaje. En estos días entendí que no es más feliz la mujer por estar casada, sino por ser verdaderamente como uno es. Lo vi y sentí en Maité, mi única amiga de infancia.



## *Cuando florecen las lilas*

Al regresar, el descenso no era el mismo, aquellas personas que aplaudían al llegar a su tierra, en tierra ajena no eran las mismas. Sus miradas se perdían entre las nubes y sus rostros reflejaban con ahínco un acomodamiento forzado a la cordura y seriedad. ¿Es que acaso la tierra caribeña alimenta la alegría y esta álgida planicie, la ecuanimidad obligada?

Mi corazón ansiaba verlo. Bajé las escaleras con el corazón en los pies, latiendo a cada paso... hasta que sus grandes ojos negros dibujaron una sonrisa al verme. Me envolvió en un abrazo eterno. ¡Mi esposo es el hombre perfecto! Pensé. Íbamos por las grandes avenidas, felices de estar juntos. Le contaba tantas vivencias, como si hubiésemos pasado años sin vernos.

¡Por fin llegamos al apartamento! Los vecinos nos miraban sonrientes mientras devolvían nuestros saludos. Nuestra felicidad era evidente. La familia que vivía en el mismo piso en el lado



izquierdo, justo salía. Al parecer iban a almorzar. Los niños corrían por el pasillo, y casi tiran la maleta cuando Aimar trataba de sacarla del ascensor. No teníamos hijos. No los tendríamos. Él no podía tener hijos.

Una vez le hablé de la posibilidad de adoptarlos y terminamos con un silencio profundo y prolongado. Ya no volví a insistir. De eso hace más de una década. ¡Que rápido pasa el tiempo! La vida es tan sólo un soplo...

Al abrir la puerta, escuché la cascada que el año pasado habíamos colocado en el lobby. El agua caía entre piedras grisáceas hasta un pequeño estanque donde pececillos y tortuguitas habían hecho su morada. Me daba paz el sonido del agua. Me alegraban las flores de loto y las lilas que flotaban... pequeñas pero hermosas.

Aimar me miró con sus grandes ojos, mientras susurraba... ya tienen botones tus lilas.

—Melina ven, tengo que mostrarte...—  
le escuché desde la habitación.





## *Cuando florecen las lilas*

Salí a su encuentro y lo vi, de pie junto a la gran puerta de vidrio que daba al balcón. Desde el séptimo piso la vista de la ciudad era hermosa. Los rascacielos adornados con el plateado del resplandor de la nieve, embellecían el gris invernal.

Me envolvió su ternura, su abrazo, su perfume a madera... podría quedarme eternamente así. Mi esposo era de poco hablar. Cuando lo hacía susurraba; más que hablar, sus pensamientos se vaciaban en monosílabos, cuando mucho, frases.

Era extraño oír de sus labios una oración. Quizás es que nos habíamos acostumbrado al lenguaje corporal. Conocía sus gestos, sus miradas... el significado de sus movimientos. Realmente estábamos conectados.

Como la tenue luz de una vela cuando está al apagarse, me dijo:

—tengo años planeando hacer un viaje largo. Ya es tiempo—

Casi tembloroso, buscó los itinerarios y las reservaciones. Parecía un niño con



el juguete esperado en navidad. Me parecía un sueño. Iríamos de viaje ¡Al fin viajaría con mi esposo! Tantas décadas trabajando sin descanso y al fin, la decisión ya estaba tomada.

—Éstas son las reservaciones volvió a decir—, mientras transpiraba emoción. — He guardado por años los ahorros de mi vida. Es un sueño casi hecho realidad. —

Mientras su gozo aumentaba, mi incertidumbre crecía. Él era el hombre perfecto... no sé si yo seré la mujer perfecta para él, pensé.

—Quiero que pagues estos itinerarios mañana mismo...—

Miré en el horizonte, la luz de un rayo y nubes densas cubrieron la ciudad. El cielo sufría mi desgracia. ¿Por qué no se lo dije? Pensé. ¿Por qué no le he dicho todo lo que he hecho durante todos estos años?

Él confió siempre sus ahorros en mí. Pensé que podría haberlo recuperado, pero no he podido... si tan sólo no hubiese hecho este último viaje. No fueron



## *Cuando florecen las lilas*

las compras, no fue tan sólo el dinero del viaje... no podía revelar la fuerza que me llevaba a... no puedo ni decirlo en pensamiento, me ahoga... es una energía más poderosa que me arrebató, que me ha arrebatado por años... un vicio enfermizo sin remedio.

No sé cuánto tiempo pasé mirando el horizonte. Él debió darse cuenta porque yo no era así. Enmudecer no era uno de mis hábitos. Callar no era una de mis virtudes. Al volver mi rostro, él estaba justo al lado de la cascada, el rostro mudado, sombrío. El dolor resbalaba cual sudor en su piel. Extendió su mano y ahí la vi. La evidencia ya decía lo que callé. ¡Engañado por años! – Como confié en ti... – susurró al abalanzarse sobre mí.

Corrí a la cocina en busca de refugio, pues no podía resistir su mirada. Me acusaba. Me dolía. No había nada que decir. Los números y las fechas en la libreta eran claros. Los billetes... evidencias de mi enfermiza obsesión... todo es-



taba ahí... No habría viaje. Después de todo, yo gasté y jugué por los dos.

Con horror lo vi acercarse con la mano ensangrentada... llevaba en ella una herida profunda, la cabeza de una de las tortugas y unas cuantas lilas. Con su aliento, me robó el aire. Una estocada, luego otra, otra... en mi vientre... en mis brazos. No opuse resistencia.

Caí de rodillas como para rogar perdón, pero no tuve fuerzas para decirle... tuve miedo de entrar a la noche de la vida.

El dolor anesthesiaba mi mente, pero entre un vahído y otro, lo vi sentarse a mi lado, mirarme con aquellos ojos que supieron amarme, y sólo dijo...— hasta que la muerte nos separe. — El casquillo hizo unas piruetas cual moneda. No sé cuánto tiempo estuve ahí, mirando sus manos hundidas en el lago rojo.

Como en un sueño, escuché ruidos en la puerta, gritos, golpes...

Ya en la blanca luz de la nieve, ante el sueño obligado del más allá, escuché a



## *Cuando florecen las lilas*

Lucy mi vecina preguntar a gritos – ¿Por qué? ¿Por qué?...– antes de irme le pude decir, porque le robé un sueño Lucy, yo robé un sueño. Él era el hombre perfecto, yo no era la mujer perfecta para él.

Mirando fijamente a aquel hombre desconocido que la sujetaba con fuerza, Melina por vez primera alzó la voz con suma impotencia, sólo para decir: Así es la historia de mi vida. La pediste, ahora permite que descanse en paz.





*El corazón de Lita*

Soñaba. Era la década de los 50.

–Clidio ¿Por qué quieres seguir con ese asunto?– Escuchó de lejos. – ¡Ay! estabas dormido... No me parece que debas hacerlo–

–Tranquila, pase lo que pase estaré bien. – Le contestó con una sonrisa infantil.

–¿Estarás bien si te encarcelan o si te persiguen? – Vociferó hablando con dolor desde el corazón.

Tomó un papelito para dejarle un encargo, pero el sueño lo confundió.

–¿Qué día es hoy? – Preguntó.

–Es jueves – dijo ella mirándolo de reojo con una ceja arqueada.



–Eso lo sé, pero ¿qué día...?– Se rasca la cabeza como quien busca remediar el olvido.

–¡Ah! no sé si es 10 o es 11... octubre... El día no pudo escribirlo, el año tampoco; no los recordaba. Las fechas se pierden en el tiempo... los años pasan. Las décadas pasan.

Sin terminar la nota, su hijo se desvaneció. No contestó cuando le preguntaba si le preparaba un cafecito. La ausencia de su voz y su cuerpo, llenó su ser de estrellas energizantes, que de pies a cabeza electrificaban sus nervios. Era un día triste, de esos que recuerdan la procesión de un funeral.

De pronto, las densas nubes lloran por la terquedad de ese joven con ínfulas de rebelde, con la fuerza del discurso, con la convicción de que merece justicia el suelo que le vio nacer.

Su intención no era hablar del Jefe. Su intención no era llegar ahí... pero los papeles, las fotografías, las conversaciones, las entrevistas, las acusaciones... todo





## *Cuando florecen las lilas*

esto era grande. Todo esto cercaba su pensamiento, gobernaba su voz y guiaba sus conclusiones.

Quien lo escuchaba quedaba convencido. Él llevaba consigo el tribunal de la razón, tal como su padre. Su verbo fluido y su decidida mirada imponían la verdad...su verdad, su percepción de las cosas, de las cosas de los hombres en un pueblo confundido por tanta maldad.

—¡Buenos días Señor! — Dijo su asistente al recibirlo al entrar a su despacho.

—¿Son buenos Lita? — Dijo al dibujar una mueca que dejaba a entrever que no estaba muy convencido de que fueran buenos esos días. Pero la sonrisa de Lita fue convincente.

Lo adivinó en el rostro de esa mujer delgada y bien parecida que le había acompañado tantos años, con tanta lealtad y puntualidad; adivinó que aquellos tan esperados documentos habían llegado por fin. Son las evidencias para formalizar otra acusación importante.



Son usureros, son bandidos con traje, son cómplices... pensó, porque si fueran amigos se reunirían para cosas buenas, no son amigos definitivamente, son cómplices. Ese lazo es el peor, porque responde a intereses muy individualistas e inmorales.

Muchas veces Clidio se preguntó ¿Es que han conformado otro marco moral que legitima, no legaliza, sus bajas intenciones y actuaciones?

El sobre amarillo lo trajo a la vida consciente, le pesa en los hombros.

—Estos papeles son evidentes...— susurró.

—Mañana entrego Lita, mañana es el día. Dijo con voz convincente.

—Dios lo permita, Dios lo permita. — escuchó decir como letanía de los labios resignados de Lita.

Las repeticiones dan fuerza, lo incierto se vuelve cierto con tan sólo repetirlo. Una mentira repetida, se vuelve creíble hasta para el que miente.

Ya sentado en su escritorio, en el mismo escritorio en que su padre firmó su



## *Cuando florecen las lilas*

sentencia de muerte ante otro jefe, él la vio asomarse como quien tiene una necesidad. Ella era así.

–¿Le ayudo con el expediente? – Dijo mostrando un inusitado interés.

–Te agradezco Lita, pero de éste, quiero encargarme personalmente – Le respondió.

–Ese expediente es importante... tienen que caer Lita, tienen que caer. – Dijo convencido de hacer lo correcto. Un hombre honorable no se vende; su honor no tiene precio, no hay oro que pueda pagarlo.

La vio alejarse con una preocupación evidente. Él no entendió en qué momento Lita perdió la sonrisa, en qué momento la tierra dejó de ser fértil bajo sus pies.

Llovió a cántaros todo el día. Salió del despacho convencido de que lo que vale en la vida, cuesta, no es gratis. Camino a casa, el lodo y ríos caudalosos improvisados llevaban consigo los desperdicios de la vida. Alcantarillas llenas de la presión de los que pueden.



Densas nubes que ocultan la verdad contenida en el corazón de la humanidad. Nubes inamovibles. Eternas.

El trayecto diario se tornó caótico, enredado en las dificultades de no entender, de no ceder, de no poder.

—Así vive la gente — dijo en voz baja entre personas apresuradas a resguardarse. Subió rápido a su automóvil.

No supo en qué punto del camino inició la búsqueda, la persecución... vio luces acercándose. No pudo resistir el impacto... no lo habría podido resistir. Atravesó una sus ventanas. Ver ya no le sería posible, pensar tampoco. Atravesó su cuerpo, perdió el control... su ser... toda su cabeza era un sonido estridente que nunca había escuchado.

Luego la sacudida, los golpes, el forcejeo... intentó resistir; si no le hubieran disparado lo habría hecho. Un ruido más fuerte y otro y otro... ya no piensa.

Sus barbas empapadas de sangre mancharon el asiento gris. El trayecto parecía interminable para él. Se acom-



## *Cuando florecen las lilas*

dó al dolor. La luz se opacó, y al rato oscureció. Lo sacaron entre tres.

Ella estaba ahí junto a las lilas florecidas, en el lago de la agonía, de pie sobre el fango, convertida en fango envenenado. Si las lilas crecieran en ella, fueran marchitas. Su doblez, su falsedad las aniquilaría.

–Dios no quiso...– dijo Lita. –Mañana no será el día.

Esta tierra fangosa entró en la noche de años, en la oscuridad del silencio obligado, de corazones aterrados... ella le puso las cadenas y las piedras, sus cómplices le dieron sepultura en lo más profundo de las aguas negras. Con Clidio se ahogó la justicia en la ignorancia.

Lita, sin pesar alguno, sonrío, liberada de una pobreza heredada.

Al despuntar el nuevo negro día, abre con un ánimo renovado el despacho... no es el barbudo Clidio que lleva el papeleo... el dios de Lita se cuenta... es un fardo de fango que se cuenta. Su dios es una falsa lila, crecida y florecida, compartida en los corazones de la gente.





*Tengo derecho*

–Respire... hágalo despacio... Tome aire. Espere, no lo bote. Sáquelo... ¿Cuánto lleva así? –

–No recuerdo, doctor, hace más de una semana. No, déjeme ver, creo que fue antes del pago. – Se esfuerza por contestarle lo más bonito que puede...

–Qué difícil es hablar fisno. – susurra entre dientes.

–¿Qué dice?- Ella mueve la cabeza y encoje los hombros...

¿Qué día cobra usted, señora?

–Cuando me pagan. No siempre es el mismo día. A veces a fin de mes, a veces al inicio... ya usted sabe. Después de tantos años, uno se acostumbra y no se



queja. Vivo deso. Gracias a ese trabajito e echao pa lante. Ya mis pulmones se han enterao de que eso que gano no me alcanza.

El doctor la mira con pena y sonrío forzadamente.

Ella aprendió a leer, pero no lee, no tiene tiempo. Quiso seguir estudiando, pero no estudia... ya no puede. No hay tiempo. Su tiempo lo ha vendido a una fábrica que no piensa en su salud, ni en su bienestar, ni en su progreso.

El doctor hace unos movimientos extraños con la cabeza mientras escribe. Ella lo observa como si entendiera. Ella aprendió a escribir, pero ya no escribe. Hace tiempo que no escribe.

—Dígame su nombre— Dice el galeno con tono de ordenarle que lo hiciera, elevando la voz sin necesidad.

—Eulinda Pérez, pero me dicen Sofi—

—¿Está casada? —

—No dotol —

—¿Qué edad tiene?

—27 - 27 años malpasando, pensó.





## *Cuando florecen las lilas*

–Tienes que hacerte estos análisis; en lo que salen, vas a tomar este medicamento cada 8 horas, por 10 días. – Le pasa un papelito con unas letras que no entiende y piensa – ¿Será que ya no sé leer? –

El Doctor busca en la gaveta un frasquito. Se lo da con una sonrisa como de quien hace una obra de caridad. Cuando lo miró bien, ella se da cuenta de que sólo tiene la mitad... Se dijo para sí – Ése sólo va a durar un día ¿con qué compraré lo que falta? Ya no tengo–

¡Amaneció de nuevo! Suena a lo lejos la misma salsa... “yo tengo derecho a ser feliz, yo también conservé mis ilusiones... he pagado un alto precio por vivir... yo tengo derecho a ser feliz”. Ella la baila, la canta.

Se mueve al compás porque le gusta y tararea – También yo he pagado un alto precio por vivir. – Hoy es un buen día para beber pensó, pero su monedero tenía la respuesta a ese deseo.

Un aroma persistente le trae a la vida consciente. La vecina Petra se esmera



colando un cafecito como Dios manda; con el aroma, ella se asoma enchanquetada. Su amiga estaba vestida matemáticamente. Su cuerpo se dividía, sumaba y multiplicaba... –La moda a veces sirve a los más bajos instintos pensó.–

–Oye, eres de las mías– Lo dice convencida, dando un golpecito en el corazón. Sofi no entiende bien esa forma de hablar, pero su mirada no le deja duda, con eso ella quiso decir que la aprecia.

Bajaron al patiecito cruzando por medio de la casa de la vecina... así es su barrio. Ruidoso y cálido; se protegen y se cuidan unos a otros; se conocen. Están tan cerca que pueden sentir la tristeza, la miseria, el hambre... y todo, de todos los que les rodean.

Cuando caminaba hacia las tablas mal cortadas y enmohecidas que servían de asiento le recordó a Petra que una vez vino un grupo de jóvenes, más bien niños vestidos como camareros, pantalón negro y camisa blanca, y le dieron un nombre a todo esto: hacinamiento. Ella no sabía



## *Cuando florecen las lilas*

que significaba esa palabra, pero por el rostro piadoso de esos “camareros” entendió que es una palabra que avergüenza, apena, preocupa... pero nadie se hace cargo, nadie asume soluciones.

Entre el café y la cherca le preguntan a Sofi lo mismo de siempre:

–¿Cuándo te casa? –

–Petra, no to nacimo pa eso– Le respondió acostumbrada.

–Luisito ta pa ti, te buca y supira cada ve que te ve.

–Pero tu tablando del Luisito que siempre tá en el colmadón de Chito? ... ¡Eso no má faltaba! No quiero casarme Petra y meno con ese. –

–Entre los do pueden salir adelante... –

–Un matrimonio e un contrato que cueta, Petra. – Lo dijo convencida. El precio de su libertad era muy alto. Ningún hombre estaría dispuesto a pagarlo, ni ella a entregarla.

Por eso añadió – Eso tipose no quien de verda alguien que no le da, tú sabe... ello bucan que lo mantengan na ma... –



–Mira Sofi, entra en razón hija, cuando tengas unijo tendrá la eperanza de mejoral, cuando esté vieja te cuidará y te podrá mantener. –

–¡Ajá! ta bien. A Martina la mantienen su seisijo... y a Susana la cuidan su tresija, ¿verdá? Si no fuera por nojotro la hubieran encontrao tiesa. No sé por qué en eta tierra la gente epera mejoral haciendo diparate. Tener hijo sin tiené con qué alimentalo... eso no ta... eso e un gran errol y má si lo tiene con la eperanza de que van a nacei pa mejoralo to.

Cuando terminó el café, la perorata se extendió hasta las tantas. Subió ya noche; Como es de costumbre, no había energía eléctrica, llegaría en la madrugada. Como no veía bien, tumbó el abanico de Fefita, su vecina; cayó sobre unas pailas, y el alboroto despertó a los niños.

Con el griterío, todo el vecindario, pensando que era un ladrón, se levantó y el– ¡Qué ta pasando! – se oía como un eco en voces distintas. Eso pasa cuando



## *Cuando florecen las lilas*

se vive en la Ciénaga. Para llegar a su casa, Sofi tenía que pasar por el medio de la casa de su vecina.

Prendió una vela, intentó borrar de su mente las palabras que escuchaba desde que tenía 18. ¿Por qué no te casas Sofi? ¿Por qué no te casas? Pensó que tener hijos no estaba en sus planes. – Prefiero sufrir sin ellos, que compartir el sufrimiento. – susurró.

Intentó dormir, pensó en sus pulmones, pensó en su trabajito, en la vida que no es vida, en la esclavitud del día a día... va a amanecer. – ¡Ay! No quiero que amanezca – Son las cuatro y se vuelve a arropar con una sábana vieja y rasgada de tanto lavarla.

Tenía que despertar para la misma rutina, el mismo afán, los mismos rostros petulantes, ignorantes e inamovibles cumpliendo el rol que el “dios” en el que quieren creer, manda.

Tenía el trago preparado desde hace meses... lo había comprado dizque para matar ratones... – ni los ratones viven



aquí, qué comerían ¿hojalatas? – dijo en voz baja mirando el frasquito.

Otro día más de penuria... el trabajo en la ciudad es una esclavitud perpetua. Subió al motor con tanta prisa que ni se fijó. Vino a caer en cuenta cuando apretada en la guagüita, alguien vociferó – Para chofel... no me dé ma bola... déjame en la equina. –

Siente que su estómago se queja... sólo se tomó una agüita de café para engañarlo, pero ya se ha dado cuenta. Camina de prisa porque va tarde. Pega botones todo el día y solo respira unos minutos para tragar una media comida: dos empanadas y una limonada que sabe a todo menos a limón.

Llega a las 9 a su casa... de siete a ocho... Sale a las cinco y media, en la oscuridad del amanecer, y llega en la oscuridad de la noche. ¿Cuándo es de día para Sofi?

Llega con tos, la tos persiste tanto que Petra sube a ponerle un poco de “Ber-rum”. Ese alcoholado con hojas oloro-



## *Cuando florecen las lilas*

sas le calmó un poco y el té con limón y miel, la alentó bastante.

–Tu ve Sofi, Luisito te taría cuidando... –

–Cállate Petra. Si tu vinite a eso, mejol vete. No tengo ánimo ni pa respirá. –

–Ta bien. Me callo. Pero si tú sigue así, va ve que llevate al dotol. –

Petra se quedó dormida en una colchoneta al lado de Sofi, por si la necesitaba. Cuando amanece, se va a cambiar a sus hijos para que vayan a la escuela. Sofi no irá a trabajar porque está débil. Las piernas le tiemblan. El sudor la empapa. Tose sin fuerzas e hilos de sangre salen de su boca. Se da cuenta de que no hay futuro. Sin medicinas, sin dinero no hay mañana. Mira el trago sin titubear...

Se vuelve a escuchar la melodía “Tengo derecho a ser feliz” ... tararea... tengo derecho a... Se retuerce. Quiere vomitar. El dolor ya no es en el pecho, en la espalda... su vientre parece estrangularse...

Cuando Petra sube, ya el trago hizo lo suyo... Los gritos del vecindario reso-



*María Cristina Ortiz Monagas*

naron como ecos en diferentes voces. El dolor ahogó el fango donde débiles lilas pisoteadas un día quisieron crecer.





*26 días*

La sirena avisó que había llegado otro. Quizás herido, quizás... -ya me llamarán si necesitan- pensé. Me quedé dormido unos instantes. En esta residencia si no aprovechas esta paz efímera, llega la madrugada y ni sabes.

Pasos apurados en la escalera y una voz estridente con un – ¡Doctor, venga, se desangra...!– fueron detonantes para una carrera contra el tiempo. Como yo, otros también corrían por los pasillos y nos encontramos bajando la escalera que daba a emergencias.

Todos los residentes estábamos allí ante un moribundo, intentando robarle a la muerte una vida, intentando nego-



ciar con el destino... ortopedia, urología, cardiología, cirugía... todos pusimos el alma y fuimos como uno. No sabíamos su nombre, no había datos... lo encontraron tirado debajo de un puente.

Una pila de basura; esa fue la almohada que amortiguó la caída.

Tenía heridas, hemorragia interna, contusiones fracturas... Dijo el enfermero que le dijeron los de la ambulancia que al parecer, se quería quitar la vida y por eso se lanzó desde lo más alto del puente.

La cirugía comenzó a las 2 de la mañana; ya eran las 8. Terminamos. Su vida reinició con nuestro cansancio. Saber que lo salvamos, nos llenó el alma de euforia. ¡Todos celebramos!

Con una sonrisa dibujada en la frente, salí a buscar a la familia. Nadie estaba en el pasillo. Tres días en intensivo, diez en la amplia sala para hombres. Trece días de encuentros y sonrisas. Todos estábamos orgullosos de que habíamos hecho algo grande. Si nos preguntan quién lo



## *Cuando florecen las lilas*

hizo, ¿Quién lo salvó? sin dudar todos diríamos, Fuenteovejuna lo hizo.

Él no recordaba nada de su vida, al menos eso es lo que decía. Lo llamamos Manuel. Nos acostumbramos a su sonrisa de dientes rotos. En todos los años de residencia no había visto un paciente tan agradecido, tan feliz en su abandono...

Celebramos su cumpleaños número 43 (Un 43 inventado para agradarlo), con un bizcochito y una vela blanca de las de dos pesos. La enfermera Paula fue la de la idea. Él estaba feliz. Fotografíé su rostro sumergido en unos hombros reconstruidos, con las marcas de la vida en la frente y las heridas en su espalda.

Pensé que no caminaría, pero ahí estaba, haciendo de tripas corazón para andar con las muletas. Le habíamos puesto clavos en su extremidad izquierda. Habíamos suturado más dentro de su vientre y de su pecho, que lo que se ve por fuera.

Manuelito se convirtió en el acompañante de los recién llegados, el que avi-



saba a la enfermera cuando en la sala se acababa un suero o despertaba un anestesiado. Para rematar, era el consentido de Paula, la enfermera más respetada de todo el hospital. Su calidez nos hizo quererlo tal como era, sincero, risueño y servicial.

Si me preguntan cuál era su defecto, no le sabría decir. Quizás para muchos no era fácil de ver, pues además de las heridas, sus facciones eran muy ordinarias, pero para nosotros que ya lo conocíamos, valía más su sonrisa que la belleza que no tenía.

Pensamos darle de alta a los 20 días, pero fue tanto lo que rogó, que tuvimos que ceder. No tenía a donde ir. Pero no podíamos justificar más, 6 días después nos despedimos, pasó por cada sala, conocía cada nombre... hasta los conserjes lo habían visitado. No nos olvides Manuel. Vuelve a saludarnos...

Lo vimos escabullirse por la puerta de emergencia. Nos quedamos con la nostalgia de quien ve partir a un fami-



## *Cuando florecen las lilas*

liar en la puerta de embarque. Llegó sin nada, y se iba con dos maletas, una pequeña con ropa que le dimos, y otra más grande pero invisible, con todo nuestro aprecio. – ¡Cuánto te queremos Manuel! – dije en voz baja mientras se esfumaba de mi vista.

Había sido ésa, una tarde tranquila. Muy tranquila. No habían pasado diez minutos de que habíamos despedido a Manuel, cuando un ruido ensordecedor nos hizo salir al parqueo.

–¿Qué pasó? – Le pregunté al conserje que venía corriendo a contar... – Fue una patana, una patana perdió el control y se metió en la casa de enfrente... suerte que no había nadie. – dijo con cara de preocupación y asombro.

–¡Ah! Por lo menos no hay heridos...– No acababa de decirlo, cuando vi llegar un gentío con un cuerpo ensangrentado...

Buscamos la camilla, preparamos todo... pero el silencio y el horror estremeció la sala... todos los residentes es-



tábamos inmóviles. De los brazos de la gente pasó a la camilla como una granada desparramada.

El hombre estaba allí, mutilado, desfigurado, inerte pero aún tibio y flácido. No fue un minuto de silencio... fue un largo silencio. Todos mirábamos fijamente la camilla, nadie se atrevía a acercarse. Fue un caso extraño. Aquel que habíamos aprendido a querer cerró el cofre de la esperanza. Tan sólo le robamos 26 días a la muerte.



*Desnuda*

Se miró desnuda ante el mundo. Muda en su dolor. Baleada por los desesperantes gritos de una ciudad en llamas, en escombros, abandonada. En las noticias se veía el horror; los videos ensordecedores desgarraban sus entrañas, niños huyendo... y una niña desnuda corriendo entre las balas ¿Dónde esconderse? ¿Qué buscaba la niña? ¿Por qué filmaron eso? ¿Quién ha bombardeado? ¿Quién dispara? ¿Cómo no sumergirse en el mar de la agonía en que viven los que, por perderlo todo, ya no tienen esperanzas? ¿Cómo no ser parte? ¿Cómo estar ajena?



Sí, ahí lo ve, justo ahí, pero a miles de kilómetros de distancia. En este mundo globalizado, comunicado mediante un despliegue mágico de tecnología, el dolor ajeno es más cercano. Entonces tienes dos opciones: te endureces o colapsas impactado.

Kala preferiría morir cada vez, que ser indolente. Ella vuelve y se mira desnuda ante el mundo, aturdida... con sus llagas a cuestas. Se ve en aquella niña quemada, horrorizada, sucia, desnuda y abandonada que aparece en la pantalla.

—¡Esta vez no pueden decir que fue un error de misil! — grita desesperada.

Por suerte, su esposo no estaba. Gritar no le estaba permitido. No era educado. Pero él nunca más estaría en casa. Su cuerpo nunca pudo regresar a su origen. La enfermedad lo consumió. Con el poco dinero que dejó compró una máquina de coser y desde entonces no ha dejado de hacer cortinas. Se venden bien...

Sobre la escena que está viendo, lo admiten; dicen que avisaron. Sí, escasos





## *Cuando florecen las lilas*

minutos antes. Minutos que no llegan a 200 segundos. Poco tiempo para salir. Poco tiempo para resguardarse. Más de 300 personas, niños, mujeres... han fallecido sólo esa noche.

El "Sham" arde. Las raíces de Kala están en llamas; las raíces de un mundo quemadas hasta las entrañas por una inútil, sangrienta e inescrupulosa lucha de poderes internos. ¿Internos? ¿Puede un pueblo llamarse nación cuando su gente ya se desparrama por el mundo como uva madura? Vino sale de ella... vino bien tinto, enrojecido.

Naciones que nacieron hermanas lo abandonan; naciones que surgieron distantes, lo abrazan. ¡Qué triste destino! Es como la afinidad que unió a las tres niñas en su infancia, jugueteando entre los arbustos.

Kala solía recordarlas con alegría. Ahora el dolor la quema. Es el mismo fuego que ve, que la quema. Un olor dulce penetra en el ambiente y un recuerdo triste la enajena. El día en que salió de su tierra.



Quisiera entonces volver, pero sólo el pasado vuelve. Cuando salieron huyendo del terror, con una corona de espinas y sus dos niños a cuestas, sintieron el peso de armas largas apuntando al infinito de sus almas. Los niños gritaban asustados.

Seis años no es tiempo suficiente para entender lo que sucede. Seis, la edad de sus hijos. Pero ellos de tanto verlos en puestos de chequeo, no dilataron en acostumbrarse.

Estaban acostumbrados a los bombardeos constantes, a las sirenas, a la recesión económica y a la violencia.

Recuerda que eran tres mujeres en una tierra que las entierra en el fango. El manto negro. La mirada perdida, distante. El saludo no respondido. La sumisión permanente. ¿Cómo olvidar todo eso? ¿Cómo sacarlo de sus venas?

Pero en todo fango suelen crecer lilas; esas lilas eran las virtudes de su gente. Su gran devoción, su sentido recto del respeto filial. De repente, una de



## *Cuando florecen las lilas*

sus amigas de infancia, con siete meses de embarazo, desapareció. No se supo nada más de ella. Eso fue un año antes de su hégira.

Llamó a su amiga. Se reunieron en lo que quedaba de una vieja terraza del edificio donde vivía con la familia de su esposo.

–No sabemos nada de Nasima. ¿Qué vamos a hacer? – Dijo angustiada.

–Esperemos a las fiestas, cuando hay celebración, tenemos una razón para ir. – Dijo Hadarah.

Pasaron dos meses buscando su rostro en cada mujer con velo, en el trayecto al mercado para comprar los canastos de vegetales. Sesenta días llenos de preocupación. Ellas sabían que si no la veían, era por alguna razón; no buena, eso sí es seguro. Pensaron en ir a buscarla. Debía ser una de ellas. La que fuese tenía que pedir permiso. Era peor si iban las dos. Hadarah fue primero.

Llegó diciendo que la habían enviado de vuelta a Palmira, su pueblo na-



tal, porque su madre quería verla, que estaba feliz de estar allá y había pedido la anuencia de su esposo para quedarse hasta el parto.

Kala, desconfiada, llamó a escondidas a una tía que vivía en Palmira para preguntarle si había visto a Nasima. Le respondió que había visitado a su madre en esos días y no la había visto allá. Si Nasima hubiera estado, de seguro la madre habría estado feliz y la habría visto. La llamada terminó pidiéndole que si tenían noticias, que avisara.

En otro encuentro, recuerda que bebiendo una taza de té en medio del alboroto que hacían sus mellizos, Kala le preguntó a Hadarah – ¿Qué hacemos? – Interrogaba con ojos azorados, con el alma en vilo, mal envuelta en un “Burka” que dejaba entrever sus negros rizos perfectos.

Indignada y apenada, con olas de justificada ira por el engaño, la mentira. Susurró – ¿Por qué mentirían? Eso es una vergüenza ante los ojos de Dios.



## *Cuando florecen las lilas*

Como quien pasa de largo y bien cargada de frutas, Hadarah se atrevió a preguntar sobre Nasima, a la madre de Amín. Apenas le saludó, la mujer entró en la casa con la excusa de que había dejado algo. No valió la delicadeza de su trato y de sus palabras. Nada.

Kala también intentó buscarla. El lamento y el desconsuelo las embargaban. Como si se presagiara una tarja, sus parientes se confabularon en no permitirles volver a verse. Ya no habría tazas de té con galletas para Kala y Hadarah... tuvieron que alejarse. La distancia hizo lo suyo.

Hoy, al verse desnuda ante el mundo, una humareda de recuerdos la embriaga. El dolor la consume. La consume porque la niña sigue desnuda y todos la miran.

La embarga, porque fue ella la que al volver a aquel piso de piedra, al llegar con la algarabía de las fiestas, pidió permiso para llevar a los mellizos al baño. Una excusa para ir detrás de la casa...



Al volver a pisar las escaleras antiguas cubiertas de arena, encontró una mirada entre el resquicio de una estructura mal hecha. Ahí encontró la respuesta. Sí, estaba viva. Nasima estaba viva, pero muerta.

Fue una hermana de su esposo, que al ver su dolor y sin hablar, la llevó a una lúgubre habitación recién empotrada en la estancia trasera. Al quitar los candados y pestillos, entre la sombra apareció ella.

El aire estaba enmohecido y álgido. Nasima estaba débil, cubierta con un grueso manto negro de por vida. Pisó en la tierra húmeda; no había piso, solo tierra fangosa; fango que enlodaba su ropa.

Hasta ahora Kala no puede entender en nombre de quién se hacen cosas como esa. No puede entender qué devoción justifica el infierno al que fue confinada su amiga. La conversación fue breve. No había mucho que decir. El dolor las ahogaba y aún la ahoga.

La criatura había nacido un mes antes de su fecha. Ni gemía. El olor a muerte



## *Cuando florecen las lilas*

impregnaba todo como si estuvieran esperando el día, la hora, el instante... Un mar salado y amargo inundó su rostro: estaba confinada a la eterna oscuridad porque su hijo, aunque barón, no se veía como los demás.

Por su nacimiento, el dulce que se ofrece cuando nace un hijo, no había sido servido. Ella era una vergüenza. La enorme cabeza del niño en contraposición con su indefenso cuerpecito malnutrido era indescriptible. Sus ojos virados, su torcida boca...

Ella y su hijo eran una vergüenza; su estado era una deshonra. Madre e hijo no tenían permitidas ni las visitas ni las salidas. Nadie debía saberlo.

Ahí, justo ahí, Kala sigue sumergida entre tanto sufrimiento. Tres años después, ante la niña desnuda, Kala aún se pregunta ¿Cuántas mujeres en la oscuridad viven el mismo infierno? ¿Cuántas? Porque nadie las cuenta. ¿Cuántas? Porque el honor sigue siendo el velo que las cubre hasta que las entierran.







*Cuando todo comienza*

Formar una vasija moldeando el barro es una tarea sencilla, pero delicada y ardua... Un movimiento distinto al necesario la deforma; un elemento inesperado en el momento inapropiado destruye el trabajo realizado.

Parece absurdo. Él ha venido al mundo sin recordar para qué decidió volver. Llegó tarde a la vida de sus padres. Tuviron nueve años de amoríos, y luego la esperada boda. No llegaron los hijos tan rápido como sus padres habían querido.

Duraron cuatro años y cinco meses para tener la alegre noticia de que estaban por fin, esperando un retoño de



aquella familia que parecía marchitarse con los años, en el doloroso fango de una espera que creían interminable.

Así, de repente llegó su hermano. Cuentan sus abuelos que su papá moría de alegría, lo alzaba al cielo y daba gracias. Luego su hermana, su otra hermana, y así llegó Josué, para completar dos parejas de hombres y mujeres.

Subido en una piedra, miraba con ojos tristes aquellas personas desconocidas y conocidas al mismo tiempo. Conocía sus nombres. Desconocía sus intenciones. Quizás ni ellos las sabían. Miraba sus gestos, sus rituales movimientos en una amena danza de intercambios familiares. Risas. Alboroto. Música de pueblo que no combinaba con la rústica, natural y vivificante sinfonía del agua dulce, que en el cauce del río, por fluir entre las miles de rocas multiformes, destellaba las más edificantes notas musicales.

Por eso, mejor solo, pensaba. No le gustaba tener compañía. Era de poco hablar. Si de algo estaba muy seguro desde



## *Cuando florecen las lilas*

que tuvo uso de razón, es que cuando hay dos o más personas, lo más probable es el conflicto. Los hay de infinita variedad; malos entendidos comunicativos, diferentes opiniones, apego a la propia opinión, el ego crecido...

¡Ah sí! el ego. Cada vez que lo pensaba se le ocurría que era una falsa estrella, sin luz propia, consumiendo la energía de la naturaleza, con picos helados rígidos y álgidos que se estrellan con facilidad en cuerpos sensibles. Cuánto duele sentirlo. Es como cuando un erizo, al emplear sus defensas, clavara en él un arsenal de puntiagudos alfileres.

Le ha pasado mucho en tan poco tiempo. Por eso ha optado por esta piedra. De lejos se ve mejor el circo. Once años de experiencia familiar, es suficiente para saber que, como dice el dicho: "es mejor estar solo, que mal acompañado". No sabía que pensar así fuese una enfermedad.

El fluir del agua le traía paz. Una paz indescriptible. Una paz que ninguna mú-



sica creada en el seno del pueblo, le podía dar. Ese contagioso ritmo que más se asemeja a los latidos del corazón que al trinar de los pajaritos, no podía generar la armonía interna que se siente al flotar en el agua. Que se siente al sentir la brisa fresca en el rostro. Que se siente al recibir los cálidos rayos del Astro Rey al iniciar cada nuevo día. Que se siente al percibir el bello y único lienzo divino del atardecer.

Eran las diez de la mañana y faltaban muchas horas para regresar a casa. Esa época del año era fantástica. El sol no quemaba como en verano. El frío no era tan cruel como en invierno. La brisa no era tan implacable como en otoño. Esta primavera será espléndida pensó. Sólo el fluir del agua le trae paz.

A lo lejos escuchaba carcajadas descompuestas, voces altisonantes... -por suerte, sólo estaban ellos- pensó, porque si otra familia hubiera escogido el mismo lugar, no habrían podido entablar una comunicación sana. Hay gente así. No paran de llamar la atención. Como



## *Cuando florecen las lilas*

si necesitaran ser el centro de atención para sobrevivir.

Interrumpiendo sus cavilaciones oyó su nombre.

—¡Josué, ven, no estés ahí solo! ¡Ven a divertirte con nosotros! — oyó gritar con voz chillona a su tía.

Efectivamente. Empezaba la diversión para ellos. Juegos de azar, juegos de mesa, pelotas saltando en medio de niños que brincaban dejando un caos de pisadas en la fría arena del río.

Su otra tía, Rosemary, ya entrada en edad dirigía la parrillada. A su esposo le encantaban esos pedazos de animales muertos, sazonados con especias, y ablandados a puro golpe de pilón. Descuartizados como estaban en un gran envase plástico, esperaban el final de su doloroso calvario de su tránsito terrestre: el estómago de todos aquellos que felizmente, pasaban su día “disfrutando de un día de campo”.

No respondió a su llamado. Sólo la miró y él sintió que eso fue convincente, pues ella ya no quiso insistir.



Su preferencia por el silencio había confundido a muchos. En la escuela, sus maestros se preguntaban si era autista. El año pasado, el vecino le recomendó a su madre llevarlo al psicólogo, por si acaso. – Es mejor prevenir que lamentar – Él lo escuchó balbucear.

La gente comúnmente es así. Gasta mucho tiempo preocupándose por arreglar la vida de otros, cuando la suya es un completo desastre.

Francamente, las veinticuatro horas que tengo no son suficientes para entenderme a mí mismo –pensó ¿Con qué tiempo estaré analizando que deben hacer los otros?–

Observó el ambiente. Las personas reían, bailaban, jugaban, cocinaban y sobre esa enorme y deforme roca, él es feliz. Sobre ella, su espalda descansa libre de ataduras sociales.

Cerró los ojos. El agua entonces cobró vida. Es un ángel que habla; Los pajaritos hacen coro y entonan las más bellas canciones. El sol lo busca entre las ramas,



## *Cuando florecen las lilas*

porque en su danza, el viento juega con ellas. Sintió que se transformaba. Se volvió agua que fluye entre las piedras. El agua que no tiene forma. El agua que no detiene la sinfonía de la vida. Esa agua dulce del río que nunca será la misma.

Sintió como el ciclo que la regenera interminablemente, transformaba su estado una y otra vez. Evadió piedras, se dejó caer suavemente en las pendientes, sintió las hojas que flotaban sobre él. Susurró de vez en cuando al sentir obstáculos. Acarició el fondo, penetrando sin cesar por cualquier espacio: orificios entre las piedras, troncos huecos. Fluyó en el cauce, sí. A veces cobró fuerza. A veces disminuyó la velocidad. A veces se estancó en algunas orillas llenas de ramas. Es ahí donde tuvo miedo de convertirse en fango.

Todo parecía tener sentido porque tenía la capacidad de limpiar la suciedad humana, de saciar la sed, de transportar seres tan diminutos... De pronto, sintió que se calentaba, el viento lo elevaba. El



viento sonrió dulcemente y le preguntó ¿Lo sientes? Sí. Una gota cayó en su frente. Otra vez se sintió en ese cuerpo humano. Denso. Sensible. Parece que va a llover.

Aquel viaje le pareció real. Por un momento pensó que lo era. Pensó que se había unificado a ese precioso líquido que corría sonoro a su lado. Pero no. Imaginación tal vez. Algo que le extrañó mucho, fue que ya no había voces, ni algarabías, ni música.

Por instinto, se inclinó un poco para ver. Nadie ¿Dónde estaban todos? su corazón latía más rápido como si presintiera que algo terrible había ocurrido. Llamó con fuerza. Gritó. Nadie contestó. Corrió al espacio donde la parrillada había desprendido mortales olores nauseabundos. No había nada. Ni huellas de los niños cuando jugaban con la pelota. No estaban las sillas desplegadas que tanto les costó cargar en el trayecto desde la carretera.

¿Qué pasó? ¿Cómo pueden desaparecer tantas personas en tan poco





## *Cuando florecen las lilas*

tiempo y no dejar rastros? ¿Habré estado tanto tiempo dormido en la roca? –Se preguntaba sin encontrar respuestas lógicas.

El año pasado Josué se quedó ahí toda la mañana en su viaje acuífero y al despertar ya la tía Rosemary le había preparado algo de comer. Ella lo conocía bien. Sabía el dolor que sentía al verlos degustar pedazos de seres, por los cuales solo le surgía una gran compasión. ¿Cómo matarlos? ¿Cómo ponerlos en su boca?

El dolor ajeno, de cualquier ser, sean personas o animales, lo devoraba por dentro. A veces pensaba que llegaba multiplicado hacia él, como lobos feroces que mordían sus entrañas. Y eso justamente sentía ante ellos. Un dolor inmenso.

Se inclinó reverente y tomó un poco de arena buscando rastros del fuego. Nada. No había nada. - ¿Sería que se olvidaron de mí y regresaron a casa?- Pensó angustiado.



Él lo admitiría si la tía Rosemary no hubiera estado allí. Sí, porque para él, los demás eran impulsivos, irracionales. No exageraba. Sus actuaciones fluctuaban no como el agua, sino como una fiera fuera de control, devorando cualquier virtud que se interpusiera en su camino. Como un virus que aniquila toda célula sana. Como el fango bajo el cual los pies se hunden.

Muchas veces observó que por hablar sin pensar, sus padres discutían acaloradamente por detalles tan superfluos que no valían la pena recordar. Así eran todos. Los días en casa eran traumáticos, accidentales y ruidosos. Los vecinos por igual.

Caminando, Recuerda que el televisor, la músicaailable y la diversión eran “el pan nuestro de cada día”, sobre todo desde que su papá trajo su escopeta de caza. Cuando la vió se le paralizó el corazón. Desde entonces, era “su mujer” según decía. No se separaba de ella ni un instante.



## *Cuando florecen las lilas*

Ese día que la llevó, rayos y copiosa lluvia, como presagio tenebroso en noche sin luna, cayó sobre el pueblo y muchas casas inundadas tuvieron que ser reparadas al día siguiente. Su pueblo era pequeño, sentado en lo más alto de una montaña como una dama arrodillada recogiendo flores en su ladera oeste.

—¿Por qué se irían? ¿Acaso habría pasado algo? ¿Alguna emergencia? ¡Lo extraño es que no había huellas! — pensaba aturdido y desconsolado.

Corrió hacia la carretera. El tiempo pasaba muy rápido. Ya iba a oscurecer y Josué estaba solo. Siempre había disfrutado la soledad, pero esta vez le produjo pánico.

Corrió más rápido. Sentía que le faltaba el aire. Como si un agujero inmenso traspasara sus pulmones y el aire que inspiraba se desvaneciera por ahí. Se esforzó. Siguió corriendo. Oyó voces, pero no distinguía a nadie. Siguió corriendo, ahora más lentamente, para no perder el hilo de las voces que cada vez se acercaban más.



Miró hacia todos lados. No había nadie. Se detuvo cuando escuchó que una voz femenina decía:

–Ya han pasado tres días–

–Sí, pero aún no recuerda – contestó él con un aire de compasión infinita.

–¿Cuándo lo hará, maestro? – La voz femenina, con gran devoción preguntaba, dejando entrever una inmensa preocupación.

El viento soplaba más fuerte y casi no podía escuchar. Ya estaba llegando al lugar donde hace apenas unas horas habían dejado el minibús que, ocasionalmente, el Tío Pablo alquilaba para estos pasadías familiares, cuando bajaban de la montaña para disfrutar las corrientes cálidas del río.

Al cruzar los últimos matorrales del fino trillo que conducía desde el río a la carretera, su pecho se desgarraba. Pisó algo húmedo... era fango. Retrocedió. Pudo ver allí preciosas lilas florecidas sobre el fango. Su tallo erguido las mantenía libres. Corrió hasta la ca-



## *Cuando florecen las lilas*

rrertera. Sintió que algo no estaba bien. Lo intuyó. En efecto, el autobús no estaba ahí.

Cayó sobre la tierra húmeda por el frío del atardecer primaveral y lloró. Lloró como si el desamparo que sentía se fuese a remediar con sus lágrimas. Mucho rato lloró. Hasta que los sollozos le permitieron verla.

Ella era hermosa. No por su figura, porque los contornos de su rostro, aunque graciosos, no correspondían a esas féminas que aparecen en letreros y revistas. Era una visión divina, porque llevaba un velo, aunque no igual a los que había visto, pero sí cubría toda su cabeza y caía sobre su ancho vestido de color azul cielo. Fue una visión hermosa. Lo arrobaba. Sus ojos le miraban con una ternura sin igual.

A su lado, un hombre entrado en años, al que ella llamaba “Maestro” parecía tener luz en su frente. – ¿Sería que alguien viene con un foco detrás? – Se preguntó.



El desamparo que sentía tomó una tregua y por un momento tuvo la esperanza de que no descansaría en la intemperie esa noche. Supo con certeza que la soledad, su fiel amiga no lo acompañaría esa noche. No esa noche.

Ansioso le preguntó si habían visto a su familia. Notó que la mujer se acercaba suavemente como si ella fuese una con el viento. Eso lo sorprendió mucho. Nunca en su vida había sentido tanta ternura ni había visto a persona alguna moverse así.

De pronto, alguien vino por detrás y trató de sujetarlo fuertemente. Presintió un secuestro y trató de resistir.

Fue entonces que recordó. Estaba en el río. Su padre había perdido otra vez y discutía acaloradamente con el esposo de Rosemary, su tío Pablo. Su madre comenzó a recriminarle y fue entonces cuando escuchó un alarido. Era ella, su tía. Corría hacia él gritando angustiosamente.

Su presentimiento fue cierto: ella como el rayo de aquella noche en que la



## *Cuando florecen las lilas*

había traído, había sido fulminante. El agua, como la copiosa lluvia de aquella noche, tomaba la brillante vida que se desprendía de su cuerpo.

Un hombre inconsciente había disparado su escopeta. No fue un ave que cazó. Sólo un instante le bastó a su padre, luego de cuatro largas décadas de vida y muchos tropiezos, para verlo. Como un orfebre, el humano que pretende moldear una vasija útil con su vida, precisa cuidar los detalles. El hecho estaba escrito.

La tragedia mora con quienes engullen la violencia. Por generaciones, sangre inocente paga el error de la ignorancia.

Sintió la misma sensación otra vez, como cuando corría hacia la carretera: un agujero espantoso se llevaba el aire que respiraba y cayó de espaldas desde la piedra, en la bendita corriente del río.







*Don Lucho*

Sentada en una mecedora, Mamá veía el horizonte. Más allá de la cerca de alambres de púa, con el viento de frente, venía ondeando su falda mi hermana Teresita. Con la batea en la cabeza, sujetando una cubeta con su mano derecha, abrió con la izquierda la tranca de la cerca.

Las gallinas cacareaban por todo el patio y Don Lucho recostado en una silla inclinada sobre el tronco del framboyán, fumaba su tabaco.

—Llegaste a tiempo Teresita... parece que va a llover.— No bien lo dije, el cielo se ennegreció y comenzó a caer una *jarizna*.



—¡Don Lucho! ¡Venga Don Lucho! No se vaya usted a mojar con esa jarizna... va a tomar un resfrío- Mi madre era así... atenta a su marido; su comida a tiempo; su ropa bien lavada y planchada. Ella vivía para él.

Ninguno de nosotros fue a la escuela... ni lo necesitamos. En el pueblo decían que nuestra familia era la mejor; que éramos trabajadores, sin mancha... que éramos educados y hablábamos como si hubiésemos ido a la universidad. No me canso de sonreír cuando pienso en eso. Yo habría sido doctora. De hecho mucha gente viene por mis remedios y he ayudado a Sagrario, la partera, a traer muchos niños al mundo.

Nuestro único problema era Joselito. Le daba y le daba por hablar del Jefe. Sin pedir permiso a Taita, se fue para otra tierra, dizque a entrenar con un tal Miguel. Después de eso, no lo hemos vuelto a ver. Han pasado dos años. Cuando una divaga en sus pensamientos, como que va a otro mundo... y descuida el presente.



## *Cuando florecen las lilas*

El aroma del cafecito con maíz tostado recién colao en el fogón, me volvió a la vida...

Nos sentamos en la sala y hablamos de tantas cosas, en lo que tomábamos el café de la tarde... mi taita mojaba la galleta en el café, dizque para cuidar sus muelas. Teresita y yo, lo tomábamos siempre con *coconete*... de esos que tienen pedacitos de coco.

Comenzó a llover a cántaros... sacamos las cubetas para llenarlas. Íbamos entrándolas y las dejábamos reposar un rato antes de echarla en las tinajas. Es una bendición esta agua. Pero de tanta...

Unas pisadas como de quien se limpia los pies en la galería, nos asustó. Es raro que con esta lluvia vengan del pueblo. Era Joselito.

Con la emoción de los abrazos y las lágrimas de Taita y de Mamá, no nos dimos cuenta de que no venía solo. Tres jóvenes como él, le acompañaban. Se veían educados, de buena familia.



Traían consigo muchas escopetas, digo yo. Al menos eso parecía.

Como es nuestra costumbre, Teresita y yo dormimos con Mamá; Taita y Joselito durmieron en mi cama y las visitas se acomodaron en el mejor cuarto. Cuando despertamos, ya se habían ido.

El lodo había ensuciado la casa y volvía a ensuciarse cada vez que alguien entraba. Taita, acostumbrado a los desplantes de Joselito, se quedó quieto en su silla toda la mañana, fumando su tabaco. Eso fue hasta que llegó Don Pepe. Traía noticias de Joselito. Nos sentamos todos serios en la sala, hasta que Don Pepe se decidió a hablar.

—Don Lucho, tengo que decirle que su hijo y otros cinco más del pueblo se han unido a unos combatientes que llegaron de lejos para luchar contra el Jefe. Dicen que los emboscaron, hubo muertos. A los muertos los tiraron como sacos en el camión y a los que quedaron los golpearon y se los llevaron para la ciudad.—



## *Cuando florecen las lilas*

–Con la mirada perdida, mi madre quiso hablar, pero las lágrimas ahogaron las palabras.–

–No, Don Pepe, seguro que Joselito salió huyendo por los montes. Ese hermano mío conoce todo esto por aquí, a él no lo agarran en su tierra.– Dijo sin titubear Teresita.

–Yo vine a avisarles– dijo Don Pepe mirando al suelo para no mirar a mi Taita.

Como era habitual en mi familia, mientras más problemas, más calma. Taita siempre decía, no hay que alimentar los problemas, ellos ya vienen gordos.

Esta vez, Taita se entristeció al punto de que no quiso tabaco, ni café, ni cena... Mamá languidecía mirando al horizonte, con lágrimas espesas empapando su rostro, sin gritos, sin lamentos... solo lágrimas.

A medianoche, pasé con una *jumiadora* por las habitaciones, llovía y el zinc tenía goteras... esa agua va a dañar el



viejo piso de madera, pensé. Taita pensaba cambiarlo este año con lo de la cosecha, pero el agua inundó el platanal y muchas cepas se pudrieron. El cielo sigue negro como el corazón del Jefe.

Ninguno de nosotros durmió hasta casi entrado el amanecer. Justo con el canto del primer gallo cesó el agua. Abrí la puerta que da al fogón... puse unas piedras para no enlodarme y salté para tostar el café y el maíz. No bien lo preparé, escuché a Don Pepe llamar a Taita.

—¡Don Lucho venga!— gritaba desesperado. Unos campesinos de Rancho Arriba llegaron al pueblo a decir que encontraron un muerto a la orilla del río, a unos kilómetros del lugar donde hubo el enfrentamiento y por como lo describen, se parece a Joselito.—

Sujetamos a mi madre, que ya no le quedaban fuerzas. Teresita la llevó a la cama y yo fui a buscar alcohol... fue demasiado para ella. Desaparecer no es lo mismo que morir.



## *Cuando florecen las lilas*

Taita, con paciencia buscó el machete y se fue con Don Pepe. Le dije a Teresita que atendiera a Mamá. Al ver que se disponían a salir, me puse las botas de goma, las que usamos para sembrar el arroz.

Yo tenía que ir con Taita. Mi corazón sabía que iban a traer a un muerto. Caminé de lejos, para que no me devolvieran a la casa. Hay cosas que según dicen, no son para las mujeres.

Iban apresurados pero tranquilos. Al cruzar por la finca de Jiménez, se unieron Gonzalo y Juan. El informante estaba con ellos. Pasamos el riachuelo de Guajaca y la finca de Aledaño. Mis botas enlodadas se hundían a medida que subíamos la loma. Había fango... mucho lodo y zanjas como las que dejan los camiones... llenas de agua. Esta tierra sin piedras embarra... y lo peor, los palos de las cercas ya no estaban firmes; no había de donde sujetarse para cruzar.

Cuando llegamos, vi de lejos que Taita caía de rodillas ante un cuerpo. Corrí



pero ya era tarde. Cargamos el cuerpo. Todos enmudecimos; nadie dijo palabra en el camino. Bajamos a casa en un instante... ¡Tan largo que fue el camino para llegar y tan corta la bajada!

De lejos vi a mi madre con la mirada perdida en el horizonte. Se levantó para ver que Joselito cojeaba, estaba vivo. Golpeado, ensangrentado... pero vivo. Al parecer lo dieron por muerto porque perdió el conocimiento.

El gentío se había acumulado antes de llegar a casa y ya no se distinguía lo que venía detrás. Mamá pensó que el pueblo se había regocijado porque Joselito estaba vivo. Hasta que envuelto en una sábana, Ella avisó la cabeza... cayó de rodillas y solo dijo muy quedo ¡Don Lucho!





*Lucila*

El funeral le dejó un sabor amargo que emanaba desde su vientre. Lo enterraron bajo lluvia, una copiosa lluvia que cayó de repente. La gente, por guarecerse, pisaba las flores de las tumbas vecinas. El lodo pasó a ser fango.

La casa estaba a la vuelta de la esquina. Era de esas viejas casas de madera y zinc, con acabados coloniales ya muy sucios por el polvo.

La viuda, cubierta con el usual velo negro, empapada de las lágrimas del cielo, pasó temblorosa las llaves a Lucila. Abre, querida, abre...

Fueron amigas desde la escuela; en ese entonces, en el pueblo no había co-



legios. Blancos y negros, ricos y pobres, todos recibían las mismas lecciones y cantaban los mismos himnos.

Lucila, niña desamparada, huérfana de madre y de padre desconocido, era el retrato vivo de la pobreza y la necesidad. Sola, se apareció en la casona del ingenio, a los pocos días de fallecer su madre, sin maletas ni fundas, sólo con un vestido rasgado y la cara sucia.

La madre de Josefina la acogió como otra hija, sobre todo, después de hablar con su única tía, una señora de 40 años, envejecida por el alcohol y las malas noches.

Crecieron juntas. Cuando Felipe pidió la mano de Josefina, y su padre le regaló la casa en el pueblo, Lucila le prometió acompañarla, para cuidar de los hijos que vendrían. Y vinieron. Al año de la boda llegó Pedrito, Don Pedro ahora. A los dos años llegó Jazmina.

Sus fotografías a blanco y negro en la pared más grande de la sala, eran los únicos recuerdos que doña Josefa atesoraba de la niñez de sus muchachos. En



## *Cuando florecen las lilas*

realidad era lo único que tenía de ellos. Se fueron a estudiar a Francia y allá formaron familias. Antes venían cada año... ahora ni pudieron llegar al funeral.

—¿Le preparo un té, doña Josefa?— Dijo con el amargo pesar de creer en una amistad a distancia viviendo en el mismo techo. ¿Qué tipo de amistad es esta? Pensó Lucila muchas veces.

—De saúco Lucy, de Saúco.—

Llovía a cántaros todavía. Para cortar el ramo de aquel té medicinal, Lucila abrió el paraguas y trató de sujetarse al pasar entre los cordeles. A cada paso, sus zapatos parecían desprenderse de sus piernas. ¡Este lodazal! ¡Y no podía querer otra cosa!

Su refunfuño se extendió hasta que ya humeante, llevaba la taza de té en una bandejita de caoba, con el paño bien bordado a mano, con unas riquísimas ranuras de randa.

—¡Siéntate Lucy! Hazme compañía, no me dejes sola...— su voz se apagaba lastimosamente.



Con movimientos de las manos en la vieja y larga falda, hizo ademán de retirarse, pero terminó sentada en la silla. Aquella silla que afanosamente limpiaba día tras día. Con la cabeza baja, frunciendo el ceño, miraba de reojo a Doña Josefa en un prolongado silencio consentido.

Lucila era más joven, pero su permanente ceño fruncido, había trazado surcos en todo su rostro. Ya había perdido la cuenta de todas las veces que había tenido que atender a doña Josefa, y hasta bañarla. Sus achaques eran numerosos y sin causa... eso decía el médico: causas desconocidas. Probablemente, fruto de una relación matrimonial defectuosa, pero inmensamente tranquila.

Resignada en su calvario, Lucila apagó las lámparas de aceite y se dispuso a dormir esa noche. Ya dormida en el catrecito, en la oscuridad del diminuto cuarto de servicio, se sobresaltó con el aullido de los perros realengos.



## *Cuando florecen las lilas*

Siempre le asustaban los aullidos. Recuerda como si fuese en ese instante, que una hora antes de la muerte de su madre, los perros aullaban sin parar.

Intentó conciliar el sueño, pero la lluvia en el zinc era un verdadero estruendo. Los pequeñitos insectos voladores coparon el mosquitero. Olía a noche y tierra fangosa... los perros volvieron a aullar, y ahora, le faltaba el aire. Quería gritar, pero se desinflaba como una vejiga, sin poder recuperar el aliento. De tanto esfuerzo, cayó rendida en un laberíntico sueño.

Al amanecer, cruzó a la cocina a encender la leña, majó el café tostado en un pesado y viejo pilón de mármol y lo mezcló con el maíz que preparó ayer. Será un día largo, pensó. La gente vendrá a dar pésame.

Hacía frío. Buscó el abrigo tejido a mano, de una lana vieja y descolorida. Ella misma lo había tejido el año pasado. Preparó la bandejita y los panes de agua.



Doña Josefa aún seguía en cama. Pasó a verla, pero no la quiso despertar. Fue a la habitación de Don Felipe y la nostalgia la embargó. Los sollozos no se hicieron esperar.

Lo había amado mucho y había sido correspondida. Él había sido para ella el más gentil caballero. Lucila estaba convencida de que nunca se había atrevido a lastimarla; estaba convencida de que había hecho todo lo que estaba a su alcance para hacerla feliz. Si el matrimonio arreglado por los padres de Josefa no se hubiese realizado, Felipe habría sido sólo suyo. Él se enamoró desde que la vio por primera vez, caminando a la bodega para comprar azúcar y arroz.

Nadie lo sabía. Tampoco se enteró doña Josefa, de sus acaloradas noches. Como dormían en aposentos separados, pero contiguos, Don Felipe, apenas divisaba que su esposa dormía, se iba de puntillas al diminuto cuarto de Lucila y allí, acurrucados y sudorosos, pasaban



## *Cuando florecen las lilas*

noches acariciadas por un manto de estrellas y sueños.

Pensaron que con sus achaques, Josefina no duraría mucho... pero el corazón de Felipe dividido entre el amor y la desgracia, sucumbió ante las exigencias.

Al rato, volvió a ver a Doña Josefa. Esta vez se acercó a ver por qué no se levantaba. ¿Tendrá fiebre otra vez? Se acercó sigilosamente, y al tocarla, el hielo penetró en sus venas y un aullido salió de su voz. ¡Se ha ido doña Josefa!. Ni siquiera espero tres días luego de la partida de su esposo. Dicen que eso pasa cuando las almas están muy unidas... pero éste, al parecer, no era el caso, sobre todo para Lucila.

Bajó las escaleras y salió despavorida buscando ayuda, buscando quién entendiera...

Al día siguiente, la gente volvía a pisar las flores de las tumbas, en medio de un lodazal interminable. El abogado de la familia había acudido al entierro. Estuvo de pie junto a la única doliente



presente. Y al finalizar todo este negro asunto, La acompañó gentilmente hasta la puerta de aquella que creía su casa.

–Cuando pasen estos días venga a mi oficina, debo entregarle algo.– hizo un ademán con el sombrero y se alejó con paso de caballero.

Entre cafés pasaron los días y llegaron los hijos... fue como si los enterraran de nuevo, pues el pueblo entero desfiló por aquella sala.

–Te quedas en esta casa hasta que quieras Lucila.– Le dijo Pedrito mirándola con ternura y pena. –Más que la dama de compañía de mi madre, eres nuestra tía, nuestra familia...–

Ella no sabía qué decir... la vergüenza le ahogaba y un ardor doloroso anestesaba su pecho.

Cuando todo se calmó, el abogado mandó a buscarla, pero tampoco fue.

Limpiar la casa y mantener las velas encendidas en el retrato de Don Felipe era su obsesión diaria. ¿Qué va a buscar en esa oficina? ¿Un papel? ¿Qué diría? Nada.





## *Cuando florecen las lilas*

–No me interesa...– refunfuñó como si fuera a llevarle el té a Doña Josefa.

Se miró al espejo y susurró... –No era cosa de lo que hacía ella, es lo que soy yo... siempre encontraré por qué refunfuñar... Esta vida mía... Este corazón mío...–

Con varios desplantes en la costilla, el abogado decidió ir a buscarla. Tocó dos veces en la puerta. Sacudió un paraguas seco, que más le servía de bastón y esperó. Escuchó los pasos de Lucila y se acomodó el saco. No tenía idea de cómo decirle a esa mujer... ¡qué encomienda había aceptado hace 11 años!

La mujer estaba ahí, frente a él, sujetando la puerta, mirándolo fijamente.

–Buenas tardes Doctor- Disculpe que no he tenido ánimo para salir...

–Eso pensé Lucila. ¿Puedo pasar?

–Pase usted.– Respondió no muy convencida, mirando los zapatos bien lustrados de aquel gentil hombre.

Lo vio entrar a la sala, una sala antiquísima, de pura caoba. No le diría nun-



ca que se siente, ni siquiera le señalaría una silla.... ella sola con un hombre... eso no era bien visto; ni se atrevió a cerrar la puerta.

Después de una espera forzada, Lucila le interpela: –Doctor ¿en qué le puedo servir?

–He venido por un encargo. Un encargo que tiene ya 11 años.–

Le pasa un documento a la vez que le dice: hace 11 años y dos meses su tía falleció. En ese documento que usted tiene en sus manos, está el título de propiedad de la vieja casona, y de otras dos casas del pueblo que ella poseía en secreto.

Lucila siente que se desinfla, intenta recobrar el aliento pero no puede. Al darse cuenta, el abogado la toma cuidadosamente por el brazo y la sienta en aquella misma silla frente a la mecedora de Doña Josefa.

–¿Por qué ahora?– Dijo con lamento... Por su pensamiento pasó aquel sueño atesorado... Lucila estaba convencida de que si ella hubiese tenido dinero,



## *Cuando florecen las lilas*

ellos se habrían ido del pueblo. Don Felipe se la habría llevado a otro país y habrían tenido hijos... habrían sido completamente felices.

–Usted recuerda que vine a buscarla en ese tiempo, y Don Felipe estaba aquí en esta misma sala. Luego de informarle la noticia del fallecimiento de su tía, le pasé a usted el sobre con los documentos; en ese entonces el sobre estaba cerrado. Yo no sabía que contenía. Fueron los deseos de su tía que se le entregara cerrado.–

–Usted dijo que no sabía de papeles y que don Felipe sabría qué hacer. Usted se retiró a la cocina y él abrió el sobre. Luego de leer su contenido, él decidió que usted no necesitaba saber, que usted estaba bien cuidando a su esposa, aún sin pago durante toda la vida, usted seguiría siendo la dama de compañía de Doña Josefa.





## *Pirulo*

Las noticias llegaron en murmullos. Nadie comentaba el caso a viva voz. Nadie se sentía con la fuerza necesaria para reclamar la luz. Después de todo, el sol no brillaba para todos.

La luna no acariciaba a todas las almas. Indiferentes y diferentes, todos en el pueblo pululaban como zombis en una tierra bendecida, pero triste. ¿Quiénes la bendecían? ¿Quiénes la entristecían? ¿Cómo se conjuga el terror? Yo, tú, él, nosotros... ellos.

El robo ocurrió a plena luz del día. El pueblo, presagiando la persecución implacable, cerró sus puertas. Las labores terminaron antes de tiempo. Fue un to-



que de queda autoimpuesto y espontáneo.

En cada casa, el silencio sepulcral presagiaba el mal para todos.

Al tercer día de suplicios e interminables interrogatorios, se supo por rumores que se robaron dos millones y un revolver ¡Dos millones!

Pirulo se encontró con Tito justo al tercer día. El patio de la casa de Lolita, lleno de aguacates florecidos, cajuilitos y cerezos, fue testigo del acuerdo. Sin empalizadas ni líneas divisorias, el patio era de fácil acceso. Sólo tenía que cruzar el jardín de lilas de la abuela y el lodazal que hacia una tina siempre desbordada y se pasaba al almohadón de hojas secas que yacían entre los troncos de los frondosos árboles de aguacates de Lolita.

—Lo guardas y cuando todo se calme, repartimos.—

Eso había estado previsto. El único que tenía un doble cajón en el armario, era Pirulo. Lo había construido su abuelo en un



## *Cuando florecen las lilas*

mueble empotrado en su habitación hace más de 40 años. Sólo él conocía aquel escondite, porque su abuelo lo llevaba allí cada mes para guardar los cheles que ganaba como limpiabotas y le decía:

—¡Así se hace Pirulo! El trabajo honrado y los ahorros hacen a un hombre. Lo mal hecho se paga. Y el que despilfarra muere pobre. Pero tú Pirulo, serás un hombre bueno y así honrarás el nombre de nuestra familia.

Once años más tarde, en su funeral, Pirulo prometió honrarlo siempre. Un año más tarde, en el funeral de la abuela, puso en aquel cajón los papeles de la herencia: una vieja y pequeña casa de madera con un pequeño jardín trasero de lilas y una tina.

Es el año 1977. Nueve años después de la muerte del abuelo. Un robo como ese los involucraba a todos. Todas las familias en el pueblo eran investigadas. Ese acuerdo fangoso enlodaba las lilas de la abuela. Si ella se enterara, moriría de nuevo de vergüenza. Pirulo lo sabía.



Para evitar el interrogatorio, Tito se fue a Las Yayas con su mujer, un pueblito detrás de la montaña. Dijo a sus suegros, con los que vivía, que iba a trabajar en los cafetales por un tiempo. Allí pasó los siguientes ocho meses.

Cada vez que el cepillo verde cruzaba por el frente, Pirulo empapaba el pañuelo del licor envenenado del miedo. Miedo a que se enteren. Miedo a que su mujer encuentre la evidencia del delito. Él nunca tuvo escopeta, menos un revólver. Nunca tuvo mucho dinero guardado, y menos esa cantidad. Un limpiabotas, aunque tenga su puesto en el parque, no gana más que lo que necesita para comer.

El cepillo regresaba y se detenía, como si adivinara el temor que infundía en esa alma en vilo por la confianza de un amigo. ¿Cómo decirle que no a Tito? El compadre, el amigo de infancia, el hermano... ¿Cómo decirle que no a Tito?

Carmencita, la mujer de Tito, bajó de Las Yayas para saludar a sus padres. To-





## *Cuando florecen las lilas*

dos en el pueblo lo sabían. Lo que no entendían era para qué caminaba hacia la casa de Pirulo.

Ya en frente de la puerta, miró para todos lados. No había nadie en la calle, nadie la veía... pero sentía miradas en la espalda. Tocó desesperada aquella vieja puerta de madera.

La mujer de Pirulo, secándose las manos en la falda del vestido, se apresuró a abrir, ajena a todo lo que ocurría.

—Carmencita, pase ¿qué se le ofrece? Llega a buen tiempo ¿Quiere almorzar con nosotros?—

—Traigo un mensaje para su esposo.—  
Dijo en voz muy baja, ya en medio del zaguán.

Pirulo se atragantó con una espina de pescado cuando escuchó la voz de Carmencita. Tosió repetidamente, hizo un carraspeo y tomó un vaso de agua.

Cuando su mujer llegó a avisarle, ya Pirulo había ido a la habitación, con un golpe seco había sacado unos billetes sin contar del cajón y había vuelto a poner



en su lugar todo lo demás. De un salto llegó a la sala, tomó el papel sin saludar y le entregó el fardo de papeletas envuelto en un trapo improvisado.

Carmencita, temblorosa por aquella premura inesperada, entró el envoltorio en su bolso de tela y con el zíper a medio cerrar, se dio la vuelta y salió despavorida de aquella casa.

Pasaron dos semanas y no hubo más noticias de Tito. En el papelito sólo decía que entregara algo de dinero a su esposa Carmen, nada más.

Las investigaciones proseguían, pero no habían averiguado quiénes eran los responsables del delito. El cepillo verde pasaba habitualmente frente a la casa, y Pirulo, sentado en su mecedora, fumando un cigarrillo, los veía de reojo.

Una tarde, en plena siesta, Tito se le aparece. Como quien ve un fantasma, Pirulo se acomoda lentamente en su mecedora y le señala la otra.

Mudos e impasibles, se mecen lentamente por largo rato.



## *Cuando florecen las lilas*

–Se me fue Carmencita-

–¿Cómo que se fue? ¿Para dónde?-

–Nunca llegó con el encargo. Pensé que tú me dirías.–

–La vi sólo ese día.–

–¿Cuánto le diste?–

–No sé Tito, no sé... saqué todo rápido... como iba yo a saber.–

Tito se quedó pensativo largo rato. Ya no importaba si el cepillo pasaba o no. Si había dinero o no. Carmencita era el problema ahora y había que encontrarla. Ella sabía todo.

–Carlitos se fue a Santo Domingo desde que todo pasó. No se llevó nada, aunque fue él el de la idea... y fue él el que, encapuchado, amenazó al guardia y al chofer del camión del banco.– dijo Pirulo pensando en voz alta.

–¡Shhhh! ¡Las paredes oyen! dijo Tito en voz baja con gestos de vociferar.– ¿A qué viene eso ahora?

–Tú me perdonas Tito, pero eres tarado cuando se trata de Carmencita. Todo el mundo sabe que su primer amor fue



Carlitos. Los tres fuimos buenos amigos, Pero Carlitos para mí no es de mucho fiar. Siempre lo vi como quien oculta algo. En la universidad, todos lo respetan porque está en contra del gobierno rojo, igual que tú. Tú no has regresado a tus estudios, pero supe que el volvió el semestre pasado, casi termina la carrera de abogado. Quiere regresar para ser el notario del pueblo. Eso me contó Lolita.–

–¿Tú de verdad crees que está con Carlitos?–

–Sólo hay una forma de averiguarlo.–  
le dijo convencido.

Se miraron fijamente. Ya estaba decidido.

A la semana, noticias de Santo Domingo por la radio, anunciaban la muerte de Carlitos. Decían que un dirigente estudiantil había sido asesinado por la policía. Que el gobierno lo había mandado a matar. Eso aconteció en una de las manifestaciones estudiantiles en la universidad: los estudiantes con piedras



## *Cuando florecen las lilas*

y los policías con revólveres, en una encarnizada lucha desigual.

Pirulo sabía que no era cierto. No fue la policía. Fue Tito. Ese no era su primer asesinato... tampoco el último. No fue por reclamos justos, fue por dinero, un revolver y una mujer. Pero él no hablaría. El gobierno sería el responsable de ésta y muchas otras muertes de las que no era culpable.

Lo único que le importaba es que por fin podía descansar en paz. Tito se llevó el revólver y el dinero. Ya no estaba sucio, no deshonraría a su abuelo, después de todo, sólo le hizo un favor a un amigo.





## *Agonia*

Con el dinero apretado en la mano derecha extendida, empuja la puerta del banco. Ha pasado ya una hora después de las 12 del mediodía y el sol parece no darse cuenta. Sus rayos, reflejados en el metal, aumentan su resplandor, y ella con ímpetu, atraviesa la puerta, acalorada, mojada de sal y penas, quemada del hambre y del desamparo. Con la misma fuerza, el guardián sale de su zona de vigilia y cruza apresurado el área de caja rápida.

Deténgase le grita. La mujer, se acerca a zancadas en su misma dirección. Aquello vaticinaba un choque desigual. Dicho y hecho. Un segundo más y los



dos, ya en contacto físico, forcejeaban sin hablar.

Ella, con la mano extendida, con el pelo enredado en el descuido y el sucio, quería entrar al banco. Viendo que no ganaba trecho, suplica con voz entristecida, convencida de su desventaja.

—Sólo quiero cambiar mi dinero... sólo quiero... cambiar mi dinero— termina susurrando. Mueve los billetes entre las manos mirando cómo se esfuma su última esperanza.

—Debe salir señora. Aquí no.— Le advierte, muy seguro de lo que dice.

Los cálculos llegaron de su voz a mi cabeza. ¿Dónde va a cambiar billetes deteriorados si no es en el banco?

Parada frente al cajero automático, sólo a pasos de la angustiada trifulca, pude ver en sus manos sucias un fardo de billetes de baja denominación. En ese momento, el hombre la sujeta por el brazo izquierdo y una bolsa de trapos se suelta de su cinto. Monedas de diversos tamaños y nacionalidades cayeron ha-



## *Cuando florecen las lilas*

ciendo un ruido que paralizó a todos los que entraban y salían, a los sentados en la sala de espera, a cajeros y personal... Todos los usuarios voltearon sus rostros hacia el punto de origen. No por el forcejeo, sino por el ruido del dinero.

La mujer, abrumada y confundida, no sabe qué hacer primero, si aprovechar y entrar, o agacharse a tomar sus monedas. La duda fue su pérdida. Aquel hombre montado en su impotencia, la sujeta con fuerza, obligándola a recogerlas. Ella, sólo repite muy quedo -yo sólo quiero cambiar mi dinero... yo sólo quiero cambiar... mi dinero...-

Con lágrimas y sollozos, mira impotente a la gente dentro del banco y da la vuelta... llevando a rastras sus chancletas sucias de tierra, rotas por el uso, sus harapos y su hedor a basura revuelta.

Se alejó caminando despacio entre sonrisas y muecas, acribillada por miradas que le diagnosticaban demencia.

Embelesada la vi alejarse moviendo la cabeza, hablando entre dientes...

Tuve que entrar al banco, pues un letrero imponente me informaba que no tenía fondos. Volví la mirada, y la vi ensañarse con vehículos que detenían su marcha bruscamente para dejarla pasar.

Seguí con el proceso de mis cuentas y solicitudes. Después de 40 minutos, cesa la tediosa tarea de recibir un lento servicio cargado de incómodas trabas ¡Que triste vida la nuestra! Como yo, a muchos el dinero no le alcanza para pagar deudas.

Mirando el mármol elegante que brillaba bajo mis pies, empujé aquella misma puerta. La mujer seguía allí debajo de un árbol en la misma esquina, tendida bajo una lona rota, sujetada por ramas y sogas viejas. Miraba al Banco entre el fluir de los carros.

Me dirigí al vehículo. Lo había estacionado en el parqueo trasero. Como siempre, tuve que intentarlo varias veces... pues la carcacha no encendía. Dispuesta ya a dar reversa, antes de asegurar las puertas, la mujer golpeó el vidrio con fuerza.

## *Cuando florecen las lilas*

Nos miramos fijamente. Ella hacía muecas entre sonrisas; todo aquello me cortó el aliento. Sin pensar, bajé del vehículo con unos billetes en la mano... el intercambio fue mudo, le di más de lo que veía que iba a cambiar. Dando saltos de alegría, con muecas y ebrias sonrisas, la mujer desapareció de mi vista en un instante.

El dinero estrujado y sucio se acomodó en el estrecho compartimiento entre los asientos delanteros hasta el día siguiente.

Me disponía a limpiar un poco, cuando al tocar aquellos billetes, una mueca de ebria sonrisa pasó por mi mente y mi rostro, como la sombra de un ave sobrevolando un lago, la reprodujo de forma inconsciente.

Volví al banco, entré y con recelo vi al mismo personal de seguridad. Se dirigió hacia mí con una sonrisa para abrirme la puerta. Yo llevaba los mismos billetes y la misma intención de aquella mujer demente. Sólo que no era ella, no era su



ropa, no era su hedor a basura descompuesta... volví a hacer su misma mueca.

Al pasar a caja, desenvolví por vez primera aquel sucio envoltorio y allí estaba, pegado a un viejo billete de veinte pesos. Lo escondí, como si temiera que las miradas ajenas lo fueran a robar.

La transacción fue exitosa. Tomé el dinero y aquel papel con fecha muy reciente. Todo fue rápido.

La busqué por todas partes para devolverle pero no estaba... me detuve en la esquina donde tendida bajo la lona rota la vi mirar embelesada al banco.

No sé cuánto tiempo estuve allí, mirando a todos lados. Al rato, un oficial se acercó, preguntándome si necesitaba ayuda para cruzar.

Pensé nuevamente en ella. Si hubiera sido ella, él no le hubiera preguntado... volví a hacer su misma mueca.

Pasó una semana. La agitación del cambio del billete y del cambio de vida también, me produjo desvelo, angustia... He ido muchas veces por el área

## *Cuando florecen las lilas*

buscándola... para devolverle, para agradecerle... para cambiarle la vida a ella también.

Aquel papel de fecha reciente fue el punto de partida para la opulencia, con él gané el juego de los pobres, la esperanza del pueblo, el sueño de los oprimidos... pero no encontraba el sosiego, no estaba ella para decirle. Pasaron días; días que se volvieron meses...

La casa, ahora llena de gente que visitaba por lo que había, no por quien habita, se convirtió en una cárcel, donde su voz gemía. La gente murmuraba, a veces hasta se burlaba de mi angustia. Solo quería verla para devolverle, para cambiarle la vida.

De repente, sentado en el banco de la soledad, la vi en el jardín. De sus harapos pendían flores marchitas. En su pelo enredado se posaban arañas y moscas, en una extraña simbiosis desagradable y maloliente.

Le conté lo del billete... ella hizo una mueca como de que no creía. Se levantó



y dijo lo único que oía, que siempre oía: loco, ¡tú ta loco!

Traté de sujetarla, pero corrió haciendo muecas. Saltó la cerca. Corrí tras ella. Cuando salté, caí de rodillas en un charco de fango. La vi del otro lado de la acera, debajo de la lona rota, mirando embelesada hacia la casa. Tomé impulso y corrí desenfrenado para agarrarla. Un golpe seco quebró mi espalda.

Ella llegó a verme con sus ojos virados y una sonrisa extraña. Me escupió en la frente. Cerré los ojos para no mirarla. Sentí el frío que entumece. La agonía no cesa aunque ya estaba en la caja.

*Te hablo a ti, Lila*

Este no es un cuento Leylak,<sup>1</sup> porque sólo quiero hablar contigo. Debo decirte que las épocas son idénticas. Parece que avanza la humanidad, pero la rueda del Samsara regresa el fin al punto de origen. La raíz negra y nueva, se torna roja, brillante y hermosa. Del fango, brotan nuevas hojas, emergen tallos orgullosos y elegantes. Su naturaleza los lleva a alejarse del fango, pero su raíz lo une a él ¿Puede liberarse entonces de su suciedad? Cuando cree liberarse, muere ¿Es

---

<sup>1</sup> Nombre de mujer de origen turco, que hace referencia a la flor de lilas.



entonces la muerte el proceso de liberación? ¿De qué nos libera?

Cuando las lilas florecen, las lilas hablan, Leylak, tú hablas. Su hablar es la belleza, su hablar es su naturaleza, la armonía; su hablar es abrirse en el aire, es levantarse del sueño, es la respuesta a la vida; es la respuesta de la vida, a la vida. Nos muestra el camino de responder al tiempo; muestra que actuar conforme al tiempo a pesar del fango, es orden y armonía.

Las cosas cambian, ¿Existe la contradicción? La dualidad es tan natural en la humanidad como el florecer de las lilas: lo sucio, el fango; lo limpio, las lilas. Por eso, digo que no; el principio de no contradicción en las cosas, no es aplicable; no es real. ¿Lo real puede, y frecuentemente debe, contradecirse? Contradicción es solo una palabra. ¿Es que en ella se expresa lo que en realidad es? ¿Acaso puede expresar el fluir de la vida y la transformación constante?

Podríamos inferir que lo que realmente sucede es que las cosas se agregan,



## *Cuando florecen las lilas*

fluyen. Es una teoría fundamentada, no en los principios de contradicción - no contradicción, sino en el principio de la complementariedad: la existencia se complementa con la no existencia, como la vida se complementa con la muerte. Como diría Osho, solo al reconocer la belleza surge el concepto de fealdad, porque se complementan. Como en la vida de San Agustín, solo al reconocer la maldad, se entiende el bien, o viceversa. Así, igual con todas las dualidades. ¿Cómo sabríamos que es de día, si no existiera la noche?

Existen realidades independientes, el ser que la ve y la piensa, no la transforma. Transformarla implica ir más allá, implica hacer, amerita imponer el ser... entonces ahí se evidencia un nivel de incidencia volitiva. Contar es solo ver. Leer es solo ver. Creer es transformar lo interior; Hacer, es tocar lo exterior, entonces se continúa el proceso de transformación que inició en el interior, como el bello botón de una lila.



Es la teoría que mueve este ver, que justifican estos relatos llenos de ficción y realidad, porque en ellos la ficción y la realidad se complementan. He visto la negrura del fango... y de ahí, he visto surgir bellas lilas; también he visto morir bellas lilas y sumergirse en el fango. Pero Leylak ¿Qué tan natural puede ser esto? ¿Cuáles fuerzas generan el bien y el mal? Querer comprender implica ver la humanidad e implica ver como los reinos se mueven en la existencia y la no existencia.

Los temas de la realidad, de la vida humana, muestran las virtudes: el honor, la justicia, la misericordia, la cortesía, el amor filial, el respeto, la responsabilidad... En otro orden, también muestran la traición, la deshonestidad, la deshonra, el odio... y todo lo que se relaciona con la maldad. Muestran el horror del suicidio luego de homicidio, el alma en sufrimiento, la dependencia y desengaño, las almas que se niegan a la vida, el dios del dinero, intereses perversos...

## *Cuando florecen las lilas*

otros muestran la agonía, la miseria... ¿Qué siente un ser humano, que ya apegado a la imagen de otro, acostumbrado al otro, recibe a cambio lo inesperado, lo que no quiere, lo que no desea? Es difícil llegar a imaginarlo; por eso, la ficción cuenta y cobra vida aun en la muerte.

Leylak, ¿Cómo haces para ser tan hermosa en tanto fango? ¿Cómo hablas al moverte con el viento? ¿O al dejar caer tus pétalos marchitos cuando ya es tiempo?





---

Esta edición de *Cuando florecen las lilas*, de María Cristina Ortiz Monagas, se terminó de imprimir en octubre de 2018, con una tirada de 1,000 ejemplares, en los talleres gráficos de Editora Búho, S.R.L., Santo Domingo, República Dominicana.

